¿Por qué regalo mis libros?

Porque creo que lo más valioso no es lo que se compra, sino lo que compartimos. Considero que nuestras historias valen más que cualquier libro.

Si juntamos nuestras voces, podemos escribir algo que nunca se ha hecho: la verdadera historia de nosotros, los seres comunes. No la que escribieron unos cuantos, sino la que vivimos todos.

Por eso, este libro es tuyo, gratis. Y a cambio solo te pido una cosa:

Regálame un pedacito de ti.

Con tus historias construiremos una comunidad tan grande, tan unida, que nos permita levantar casas para cuidar a nuestros adultos mayores y a los niños que no tienen familia. Tu palabra no solo se guarda: ayuda a alguien real.

📝 ¿Te animas a compartir tu historia?
Comenta en nuestras redes sociales o visítanos en:
editorialvita.com

Juntos estamos construyendo la biblioteca digital escrita por la verdadera humanidad. Y tu voz no se perderá aquí — servirá para cuidar.

mi vida hecha cuentos, volumen 5



este es uno de 23 libros escritos en 53 dias,
no soy escritor, soy cuentacuentos, soy

TU PAYASO ™

MI VIDA HECHA CUENTOS VOL. 5

TU PAYASO™

libros gratuitos en editorialvita.com

MI VIDA HECHA CUENTOS VOL. 5

© 2026, TU PAYASO™ Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito del titular del *derecho de autor* .

Autor: TU PAYASO™

CONTACTO: tupayasokiren@gmail.com

ISBN: En trámite.

Diseño de portada y maquetación: Del autor

Obra inscrita en el Instituto Nacional del Derecho de Autor (INDAUTOR). Registro en trámite.

libros gratuitos en editorialvita.com

TODOS LOS PERSONAJES Y SITUACIONES DE ESTA HISTORIA SON FICTICIOS, CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD ES MERA COINCIDENCIA

Hecho en México

ÍNDICE

Nota del Autor..... 1
El Origen de Simbiosis 180°..... 1
INTRODUCCIÓN..... 2
MI VIDA HECHA CUENTOS VOL. 5..... 2
CAPÍTULO 1..... 3
LOS JUGUETES Y LAS HERRAMIENTAS..... 3
CAPÍTULO 2..... 7
EL DESHUESADERO QUE SE VOLVIÓ REINO..... 7
CAPÍTULO 3..... 9
LA MAESTRA QUE VIÓ CAMBIAR EL MUNDO..... 9
CAPÍTULO 4..... 11
EL TANQUE QUE DABA VIDA..... 11
CAPÍTULO 5..... 13
LA TORTILLERÍA QUE CRECIÓ CON EL PUEBLO..... 13
CAPÍTULO 6..... 15
EL TORTILLERO QUE NO BUSCABA SER HÉROE..... 15
CAPÍTULO 7..... 17
EL AGUA QUE DABA VIDA A TODOS..... 17
CAPÍTULO 8..... 19
LA PUERTA QUE NO PARA DE ENSEÑAR..... 19
CAPÍTULO 9..... 21
EL MECHUDO, MI AMIGA..... 21
CAPÍTULO 10..... 24
EL AGUJERO EN EL TECHO..... 24
CAPÍTULO 11..... 27
EL MENÚ DE LAS GENERACIONES..... 27
CAPÍTULO 13..... 29
EL REMOLINO DEL CAFÉ..... 29
CAPÍTULO 14..... 32
LA HISTORIA DE LA CLAVIJA..... 32

libros gratuitos en editorialma.com

EPÍLOGO.....34

libros gratuitos en editorialvita.com

Nota del Autor

El Origen de Simbiosis 180°

Esta obra que tienes en tus manos es el testimonio de un rescate. No nació de la comodidad, sino de la limitación total. Hubo un momento en que mi cuerpo no respondía; donde intentar moverme incluso en una silla resultaba imposible y doloroso. Fue en ese punto de quiebre donde comprendí que para recuperar mi mente, primero tenía que rescatar mi soporte físico. Así nació Simbiosis 180: un giro total de vida basado en la verdad de que la claridad mental es hija de la fortaleza física. Al conectar de nuevo mi cuerpo con mi cerebro, la energía fluyó de tal manera que me permitió dictar estos 15 libros en apenas 41 días. Esta obra es parte de ese sistema de transformación. La pongo a tu disposición para demostrarte que, sin importar qué tan limitada sientas tu vida hoy, siempre es posible dar ese giro de 180 grados y empezar de nuevo. Atte. TU PAYASO ™

libros gratuitos en editorialrita.com

INTRODUCCIÓN

MI VIDA HECHA CUENTOS VOL. 5

Este es el libro número 15, dictado en 41 días. Inicié el 26 de marzo. Hoy es 5 de mayo. Me da mucho gusto y orgullo haber logrado hacerlo, pero déjame decirte: El día 30 de abril solo llevaba 10 libros. Y no te lo estoy presumiendo. Me asombro tanto como tú de leer tanto y a la vez no recordar haberlo escrito. De hecho, me convertí en mi primer lector, porque cuando dictas o hablas no te das cuenta lo que estás diciendo hasta que lo ves escrito. Y es tan impresionante y mágico a la vez, que te dan ganas de seguir haciéndolo. Este libro va dedicado a todas aquellas personas que dicen que no pueden escribir algo. Inténtalo. Sé que te va a servir algo. De lo que te vas a sorprender. No soy escritor. Soy TU PAYASO. Él cuenta cuentos.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 1

LOS JUGUETES Y LAS HERRAMIENTAS

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Cuando era niño, mi cuarto no era solo un lugar para dormir y hacer las tareas; para mí, era un verdadero taller de ensueños, un espacio donde la imaginación podía construir cualquier cosa. Mi posesión más preciada era un camión de juguete color amarillo brillante, con ruedas que giraban libremente y que a mí me parecía que querían rodar hasta llegar a los lugares más lejanos del mundo. Junto a él, tenía un juego de herramientas de plástico, de esos que vienen en una cajita de colores: destornilladores rojos, azules y amarillos, una llave inglesa que no apretaba nada de verdad y un martillo de goma que hacía un sonido sordo y gracioso, un "toc-toc-toc", cada vez que golpeaba los bloques de madera que mi papá me daba para que construyera mis obras maestras. —«Vamos a construir un castillo enorme, con torres y todo», me decía papá con una sonrisa, arrodillándose en el suelo a mi lado, mientras yo, muy serio y concentrado, intentaba "atornillar" los bloques de madera con mi destornillador de plástico rojo, convencido de que estaba uniendo las piezas con la fuerza de un verdadero ingeniero. Pero lo que más me gustaba no era solo jugar con mis cosas de mentira, sino observar a mi padre trabajando. Me quedaba fascinado mirar cómo abría su caja de herramientas de verdad, esa que guardaba bajo llave en el galpón o en el garaje. Era una caja de metal pesado, con manchas de grasa y aceite acumulado durante años, y que al abrirla soltaba un olor característico, un olor que para mí significaba trabajo, esfuerzo y cosas construidas con las manos. Me quedaba ahí parado, muy quieto y en silencio, viendo cómo él sacaba cada llave, cada desarmador o cada alicate con mucho

libros gratuitos en editorialvida.com

cuidado, como si no fueran simples objetos de metal, sino verdaderos tesoros que había que proteger. —«Algún día tendrás una caja igual o mejor que esta, hijo. Todo es cuestión de esperar y trabajar», me decía él, dándome una palmadita en el hombro, y yo me sentía grande y orgulloso. Yo me pasaba las horas soñando con ese momento. Imaginaba cómo sería tener un destornillador de acero verdadero, pesado en la mano, que al girar dejara marcas reales en la madera o apretara tornillos de verdad. Soñaba con tener un martillo de metal y madera, que al golpear un clavo sonara fuerte y potente, casi como un trueno, para poder poner postes en el jardín o construir bancas para el patio. Soñaba con el día en que yo fuera el dueño de mi propio taller y de mis propias herramientas. Hoy en día ya soy un hombre hecho y derecho, y esa caja de herramientas con la que tanto soñé está ahí, en el mismo galpón donde estaba la de mi papá. Es una caja de color azul, con las esquinas un poco golpeadas y abolladas, como si hubiera librado muchas batallas, y en su superficie se pueden ver ya las primeras manchas de grasa y aceite, al igual que la de mi padre. Dentro de ella, tengo las herramientas que fui comprando poco a poco, con mi propio dinero y mucho esfuerzo: el desarmador de acero inoxidable que tuve que esperar tres semanas para poder comprar, ahorrando cada moneda; el martillo de cabeza de hierro macizo que pagué con lo que gané ayudando a limpiar el local de la señora María durante todo un mes; y la pequeña sierra de mano que compré el día que me dieron mi primer aumento de sueldo. A veces, me quedo mirando mi caja de herramientas y, sin querer, hago comparaciones con mi hermana, que vive a unas cuadras de mi casa. Ella tiene su propio "mundo" en el tocador de su habitación. Cada mes, cuando llega su día de pago, va a la tienda y compra cosas nuevas: cajas de sombras de ojos de mil colores distintos, pinturas para los labios que van del rojo más intenso al rosa más pálido, bases y polvos que cambian de tono según la luz del día. Ella las guarda en cajitas de plástico o vidrio, las organiza meticulosamente en su mesa, las prueba una y otra vez y se mira al espejo largamente, como si al cambiar de maquillaje estuviera probando un nuevo mundo o una nueva personalidad. Para mucha gente, lo que hace mi hermana

libros gratuitos en edtorialvita.com

podría parecer vanidad pura, y lo mío simple trabajo duro. Pero yo lo veo de otra forma: para ella es arte y expresión; para mí es construcción y solución. Ella se pone su lápiz labial rojo brillante y se siente hermosa, segura de sí misma y lista para salir a enfrentar la calle. Yo agarro mi llave inglesa o mi alicate y me siento capaz y útil: capaz de arreglar la tubería que se tapó en la cocina, de construir un estante nuevo para poner los libros viejos que guarda mamá en la sala, o de reparar la puerta que ya no cierra bien. Ella compra un vestido nuevo de moda y lo estrena en una fiesta o una reunión; todos la miran, la elogian y le dicen lo guapa que está. Yo compro una amoladora pequeña o un taladro nuevo y lo uso para cortar el metal que necesito para hacer la reja de la puerta o para hacer agujeros para los cuadros; y al terminar, los vecinos vienen a ver cómo quedó el trabajo, me felicitan y me preguntan si les puedo ayudar a ellos también con alguna reparación en sus casas. Ella guarda sus cosas con mucho mimo en su tocador, protegiéndolas del polvo para que se vean siempre perfectas. Yo guardo las mías con el mismo cuidado en mi caja de herramientas, asegurándome de que estén limpias, bien aceitadas y afiladas, listas para cuando surja algún problema que haya que solucionar o algo que haya que construir. Porque para mi hermana, la belleza es lo que muestra al mundo exterior, su forma de dejar huella. Para mí, la capacidad de arreglar, de construir y de solucionar los problemas de la gente que quiero, es lo que le da sentido a mi vida y lo que me hace sentir orgulloso. Sin embargo, al mirar alrededor hoy en día, veo que las cosas han cambiado mucho. Antes, tener herramientas y saber usarlas era algo casi obligatorio; si algo se rompía, se arreglaba. Hoy en día vivimos en una cultura donde todo es desechable: si la silla se rompe, la tiramos y compramos otra nueva; si la llave se pierde, cambiamos la cerradura entera en lugar de hacer una copia. Hemos perdido un poco esa costumbre de arreglar, de construir con las propias manos y de valorar las herramientas como lo que son: extensiones de nuestra capacidad de crear y de solucionar. ¿Y tú de qué bando eres? ¿Eres de los que disfrutan arreglando y construyendo cosas con sus propias manos y tienen su propia "caja de herramientas"? ¿O eres de los que prefieren cambiar de look,

libros gratuitos en editorialvina.com

de decoración o de cosas nuevas con frecuencia? ¿Crees que hemos perdido la costumbre de reparar en lugar de tirar?

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 2

EL DESHUESADERO QUE SE VOLVIÓ REINO

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Todo empezó sin quererlo – como casi todas las cosas buenas de la vida. Ese coche viejo que restauramos fue la chispa, pero la semilla ya estaba plantada en la mente de papá desde que don Chema le dijo que cada herramienta es una mano que ayuda. El primer vehículo que trajimos al deshuesadero no era más que un camión de carga de los años ochenta, con el motor tan viejo que parecía que nunca volvería a andar. Lo compramos por muy poco dinero, y cuando lo abrimos – como decimos en el oficio, cuando lo "desarmamos" – encontramos cosas que nadie esperaba: una libreta con notas de mecánica, una foto de una mujer joven, una llave inglesa que todavía funcionaba como si fuera nueva. Don Chema vio el camión y suspiró: "Yo trabajaba en un taller cuando era joven – cada vez que arreglaba un auto viejo, recordaba ese coche de la esquina". Así fue como empezó el deshuesadero: con un solo camión, luego otro, luego otro más. La gente empezó a llegar buscando piezas que ya no se encontraban en ningún lado – porque las nuevas son caras, y las viejas guardan la huella de cómo éramos. Cuando llegó el tercer camión, ya teníamos más herramientas que amigos que nos ayudaban. La señora Rosa traía café caliente todos los días, y don Chema traía sus herramientas viejas que todavía servían. Pero no todo fue fácil: el deshuesadero empezó a acumular basura, cosas que ya no servían, metal oxidado que parecía maquillaje viejo. Había que limpiarlo, porque la gente que venía buscando piezas no quería tocar nada que pareciera sucio. Un día, mi primo Carlos – que ahora tiene su propio taller – llegó con sus hijos y se detuvo a mirar el lugar: "Yo jugaba con ese coche

libros gratuitos en editorialvia.com

de la esquina cuando era chiquito. Ahora soy mecánico, y cada pieza que arreglo me recuerda a ese momento". Ese día decidimos organizar las cosas: hicimos un inventario de todas las piezas que teníamos, de dónde venían y qué historia guardaban. La llave inglesa de don Chema que volvió con birria de chivo asado, la manija rota que usamos de cuerda, el volante que giraba aunque no moviera nada. Cuando llegó el momento de comprar el cuarto camión, ya teníamos clientes que venían porque habían oído hablar de nosotros. La señora Rosa dijo: "Mi hijo ahora juega con sus carritos eléctricos, pero yo recuerdo cuando jugábamos con palos y piedras". Así fue como el deshuesadero de coches se volvió un lugar donde la gente viene a buscar piezas que ya no existen en ningún lado. Cada vez que alguien pregunta por una pieza, les contamos la historia de dónde vino, quién la usó, cómo se rompió y cómo se arregló. El día que abrimos las puertas del deshuesadero ampliado, todos los que habíamos sido niños jugando en coches viejos vinieron a verlo. Don Chema con su barba blanca y su bastón, la señora Rosa con sus nietos, mi primo Carlos con sus herramientas nuevas. Todos respiramos profundo, porque el deshuesadero que empezó con un solo camión se volvió un reino donde seguimos siendo niños que juegan a construir el mundo – y en cada pieza que vendemos, en cada herramienta que preparamos, seguimos escribiendo la historia de cómo llegamos hasta aquí.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 3

LA MAESTRA QUE VIÓ CAMBIAR EL MUNDO

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Me llamo Rosa. Empecé a dar clases en la escuela primaria "Benito Juárez" en 1978 – tenía veintiún años, el pelo largo atado con una cinta roja, y llevaba siempre en la cartera un lápiz de colores que usaba para dibujar en las cartulinas de mis alumnos. En aquellos años, la escuela era un patio de tierra donde los niños corrían descalzos cuando acababa la lluvia. No teníamos pupitres nuevos – los que había eran de madera, con las esquinas desgastadas por el paso de los años, y cada uno tenía grabado el nombre de quien lo usaba antes. No había computadoras, ni pantallas, ni teléfonos celulares que interrumpieran las clases. Cuando queríamos aprender de otros países, usábamos un mapa de tela que colgaba en la pared – se había vuelto tan delgado como papel, y tenía agujeros donde los niños habían dibujado con lápiz sus sueños de viajar. Los recreos eran de verdad: jugábamos al balón con pelotas hechas de trapo, al escondite entre los árboles del patio, a las canicas en círculos dibujados en la tierra. Los niños llegaban caminando desde sus casas, algunos con tortas de maíz envueltas en hojas de plátano, y compartían lo que tenían como si fuera oro. Yo les enseñaba matemáticas con piedritas que recogíamos en el camino, y español escribiendo frases en el pizarrón de piedra con tiza blanca que se estropeaba en nuestras manos. Los padres venían a la escuela a hablar de sus hijos – no enviaban mensajes por WhatsApp, sino que se sentaban en la banca del patio, tomaban café conmigo y nos contábamos cómo estaba la vida. No sabíamos que éramos felices – simplemente lo éramos. Teníamos libertad de correr, de jugar, de equivocarnos sin que nadie lo grabara en un video. Nuestras

libros gratuitos en editorialvan.com

manos se ensuciaban de tierra, de pintura, de tiza – y cada mancha era una señal de que estábamos viviendo. Ahora, cincuenta años después, vuelvo a la misma escuela – ya no soy maestra, pero voy a visitar a mi nieta que estudia ahí. El patio ya no es de tierra, sino de cemento liso. Hay pupitres nuevos con mesas de plástico, pantallas gigantes en cada aula, y los niños llevan tablets en sus mochilas como si fueran cuadernos. Cuando entro al salón donde yo daba clases, veo a los chicos sentados frente a sus pantallas – aprenden de países lejanos con videos en alta definición, resuelven problemas matemáticos con programas que les explican cada paso, y pueden hablar con niños de otras escuelas sin salir de su asiento. Mi nieta me muestra un dibujo que hizo con una aplicación de la tablet – es más bonito que cualquier cosa que yo pudiera hacer con lápices de colores. Me dice que quiere ser diseñadora, y que ya está aprendiendo a usar programas que ayudan a crear cosas que ni siquiera imaginaba cuando era niña. Pero también veo cómo se quedan callados cuando suenan los celulares, cómo se agrupan pero cada uno mira su pantalla, cómo se olvidan de salir a correr en el recreo porque prefieren jugar con sus juegos electrónicos. No todo es malo – la tecnología les da herramientas que nosotros nunca tuvimos. Pueden crear más rápido, aprender más cosas en menos tiempo, conectarse con el mundo entero con solo un toque. Pero también tienen grilletes que no ven: se ciegan con las pantallas, se olvidan de cómo es el tacto de la tierra, de cómo se siente correr bajo el sol sin preocuparse por nada más que llegar primero. Hace poco, mi nieta me pidió que le enseñara a dibujar con lápiz y papel. Sentamos en la banca del patio – la misma donde sus abuelos se sentaron hace años – y le enseñé a hacer trazos con la mano, a mezclar colores con los dedos, a dejar que el papel se arrugara un poco con el esfuerzo. Ella sonrió cuando vio el dibujo terminado – un árbol, con hojas de muchos colores, y debajo un grupo de niños jugando al balón. Me dijo: "Ya entiendo por qué decís que eran felices. Ahora yo también lo soy – aunque sea de otra manera". Yo cerré los ojos y respiré hondo. La escuela cambió, los niños cambiaron, el mundo cambió – pero la alegría de aprender, de crear, de compartir – esa sigue siendo la misma.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 4

EL TANQUE QUE DABA VIDA

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 No hubo un día exacto en que llegara. Simplemente estuvo ahí desde que los mayores tienen memoria – un tanque de agua grande como una casa, de metal gris que brillaba cuando el sol pegaba fuerte, situado en lo alto de la colina que miraba a todo el pueblo de San Pedro. En los años de sequía, fue el salvavidas de todos. El agua llegaba hasta él por tuberías pequeñas que parecían venas, y desde ahí bajaba por gravedad a cada casa, a cada huerta, a cada pozo que se había secado como un ojo sin lágrimas. Don Alejandro – que ahora camina con dos bastones y tiene la piel arrugada como tierra seca – siempre decía: —"Yo ayudé a construirlo cuando era chiquito. Mi papá me llevaba con él todos los días – yo sostenía los cables mientras él sujetaba los paneles de metal. Él me dijo: 'Este tanque va a dar vida a nuestro pueblo'." Y así fue: el agua que bajaba de él alimentó a los animales, regó las huertas de maíz y frijol, llenó los cántaros de las mujeres que caminaban con la espalda curva por el sol. Cuando llegaba el verano, los niños subíamos hasta la colina para jugar alrededor suyo – nos sentábamos en su base fría, y la gente decía que el agua que bebíamos de él era más dulce que cualquier otra. El tiempo pasó, y el tanque empezó a mostrar sus años: Las costuras de metal se abrieron como heridas que no sanan, el agua empezó a filtrarse por debajo hasta formar charcos pequeños donde los niños jugaban a hacer barro. Los ingenieros vinieron a verlo y dijeron que estaba fracturado por dentro – que el metal ya no aguantaba el peso del agua, que era peligroso dejarlo ahí. Pero la gente no quería escuchar. La señora María – que ahora tiene nietos y lleva gafas gruesas – fue hasta la colina y tocó su base: —"Este tanque me dio agua cuando mi hijo estaba enfermo. Sin él, no hubiéramos podido curarlo". Don Chema – que ahora tiene

libros gratuitos en editorialvita.com

barba blanca y cuenta historias mientras bebe café – añadió: —"Yo llevaba cántaros hasta aquí cuando era niño. Mi madre me decía que cada gota de agua era un milagro". El día que llegó el ingeniero para evaluarlo, todos subimos a la colina. Él tocó el metal, miró las grietas, y dijo con voz baja: —"Lo siento, pero no se puede reparar. El metal está tan gastado que cualquier golpe podría hacer que se derrumbe". Hubo un silencio largo como el atardecer. Los que habíamos bebido agua de él, los que habíamos jugado alrededor suyo, los que habíamos visto cómo su agua daba vida a todo – todos cerraron los ojos y respiramos hondo. Pero la vida sigue, y hay que renovar: Decidimos demolerlo con cuidado – no con dinamita ni con golpes fuertes, sino desarmándolo pieza por pieza, guardando cada trozo de metal como si fuera un recuerdo. Algunas piezas las pusimos en el parque del pueblo, con una placa que dice: "Aquí estuvo el tanque que nos dio vida". Y cuando se edificó el nuevo tanque – más grande, más seguro, con tuberías nuevas que parecen venas jóvenes – todos fuimos a verlo encender por primera vez. El agua bajó por las tuberías como un río que vuelve a casa, y los mayores cerraron los ojos mientras los niños corrían a llenar sus cántaros. Don Alejandro estuvo ahí, con sus bastones y su sonrisa cansada: —"El viejo tanque ya no está, pero su agua sigue corriendo por nuestras venas. Eso nunca se va a acabar".

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 5

LA TORTILLERÍA QUE CRECIÓ CON EL PUEBLO

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Todo empezó en un pequeño rancho de Veracruz, donde doña Lupe – abuela de don Pedro el tortillero – vivía con su marido don Ramón. En los años cincuenta, cuando el pueblo aún se alimentaba de lo que la tierra daba, ella hacía tortillas a mano para su familia y a veces para vender unas pocas a los vecinos. El inicio fue modesto: Solo hacía unos tres kilos de masa al día, amasándola con las manos hasta que estuviera suave como nube, cocinándolas en un comal de barro que había heredado de su propia madre. Cada tortilla llevaba la huella de sus dedos, el sabor del maíz que venía de las huertas que regaba el agua del tanque viejo. —"Una tortilla hecha con amor sabe mejor que cualquier otra" – decía doña Lupe mientras amasaba, con la harina hasta en las mejillas. Vendía cada pieza por monedas pequeñas, o las cambiaba por cosas que necesitaba: un poco de leña para el fuego, un paño limpio para secar las tortillas, una herramienta para arreglar el comal cuando se quebraba. La gente empezó a buscarla – primero las vecinas, luego los trabajadores del campo, después las familias que vivían cerca del mercado. Pronto los tres kilos no alcanzaban – necesitaba hacer más, pero sus manos ya no daban más de sí después de horas de amasar. El día que decidió ampliar llegó cuando don Pedro – todavía joven, antes de ir al ejército – le dijo: —"Doña Lupe, si hacemos más tortillas, más gente podrá comer". Pero amasar a mano todo el día era imposible. Escucharon hablar de una máquina pequeña para hacer masa, pero costaba más de lo que podían juntar en meses. Así que empezaron a ahorrar: doña Lupe guardaba parte del dinero de cada tortilla vendida en un jarrón de barro, don

libros gratuitos en editorialvia.com

Ramón llevaba maíz extra de la huerta para venderlo y sumar más centavos. Los clientes ayudaban cuando podían – don Chema traía madera para hacer estantes, la señora Rosa traía tela para hacer mantas que cubrieran las tortillas calientes. Pasaron tres años hasta que juntaron el dinero suficiente para comprar la primera máquina – pequeña, de metal gris que se calentaba con el sol, con una manivela que había que girar a mano. Aprendieron a usarla poco a poco – a ajustar la masa para que no se pegara, a cuidar los rodillos para que no se desgastaran. La producción pasó de tres a diez kilos al día. Luego a veinte. Luego a cincuenta. Cada vez necesitaban más – hasta que llegaron a la conclusión de que necesitaban una máquina más grande, con motor, que pudiera hacer el trabajo de diez manos. Comprarla fue otro reto – pero esta vez la comunidad se unió: los que ayudaron a construir el tanque de agua dieron parte de sus ganancias, los jóvenes que aprendieron en la escuela de la maestra Rosa ayudaron a limpiar y preparar el lugar para la nueva máquina. El día que la encendieron, el sonido del motor se mezcló con el aroma de las tortillas cocinándose en el comal nuevo. Doña Lupe – ya mayor, con las manos aún manchadas de harina – dijo: —"Las máquinas hacen el trabajo más fácil, pero el amor con el que las hacemos sigue siendo el mismo. Ahora tenemos más tortillas para todos – pero nunca olvidaremos cómo se hace una tortilla a mano". Y así sigue: con máquinas que ayudan a producir más, pero con las manos que aún saben amasar la masa cuando alguien lo pide – porque la esencia de la tortilla no está en cómo se hace, sino en que llega caliente a quien la necesita.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 6

EL TORTILLERO QUE NO BUSCABA SER HÉROE

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Todo el pueblo conoce a don Pedro – llega todos los días a las ocho en punto, montado en su moto azul, con dos canastas grandes llenas de tortillas calientes que huelen a maíz y fuego. Nadie sabe de dónde vino realmente, solo que nunca falta a su trabajo. El día que intentaron asaltarlo, estaba en la carretera que lleva al pueblo de Veracruz, con la moto cargada hasta los portaequipajes. De repente aparecieron dos jóvenes con rostros tensos, uno de ellos con una mano en la cintura como si llevara algo oculto: —"Entrega la bolsa de tortillas y el dinero – ahora". Don Pedro se detuvo, miró las canastas que llevaba desde hacía más de veinte años, y habló con voz firme: —"Chicos, estas tortillas son para familias que las esperan. Si se las llevan, muchas personas no tendrán qué comer hoy". Los jóvenes se quedaron callados. Viendo la seriedad en sus ojos, uno de ellos preguntó: —"¿Por qué te importa tanto esto?" Don Pedro suspiró y les contó su pasado: cómo estuvo en el ejército, cómo aprendió que la puntualidad y el deber eran reglas de vida, cómo después de retirarse trabajó en muchas cosas hasta que un día conoció a doña Lupe, que le pidió llevar tortillas a sus clientes. —"Para mí, no es solo trabajo – es una misión que cumplir". Los jóvenes miraron el suelo, luego a las tortillas, y uno dijo: —"Señor, lo sentimos. No sabíamos..." Se retiraron sin tomar nada. Al día siguiente, volvieron – pero esta vez sin armas ni amenazas. Trajeron una bolsa de herramientas para arreglar su moto descompuesta, y le ofrecieron ayudarle a hacer las entregas. Don Pedro les cogió la mano, emocionado: —"En el ejército contaba con mis compañeros. Ahora veo que aquí también tengo gente que me

libros gratuitos en editorialvia.com

apoya". Desde entonces, los jóvenes ayudan a don Pedro todas las mañanas: preparan las tortillas, limpian la moto, y cuando llega el momento de entregar, acompañan su ruta. La gente del pueblo ya no solo espera las tortillas – espera saludarlo, ofrecerle café o una torta caliente antes de que siga. Un día lluvioso, la moto se descompuso de verdad. La gente se juntó y le compró una nueva, más segura. Cuando se la entregaron, don Pedro lloró: —"Nunca imaginé que mi trabajo de tortillero me llevaría a tener una nueva familia". Sigue llegando todos los días a las ocho en punto – las tortillas siempre calientes, la sonrisa siempre presente. Porque su misión sigue en pie.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 7

EL AGUA QUE DABA VIDA A TODOS

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 En el pueblo de Veracruz, conforme las casas se iban construyendo y los terrenos se iban dividiendo, los espacios donde vivían los animales naturales – los pájaros, los conejos, las iguanas y hasta los pequeños zorritos que salían de noche – se fueron achicando cada vez más. Las calles se pavimentaron, las huertas se convirtieron en lotes, y el arroyo que corría por el cerro donde estaba el tanque de agua se fue secando poco a poco. Los animales empezaron a aparecer en los patios de las casas, buscando algo de agua o comida – pero mucha gente los asustaba, pensando que eran una molestia. Todo cambió cuando la nieta de la maestra Rosa – una niña llamada Sofía – empezó una pequeña idea: Un día vio a un pájaro pequeño en el jardín de su casa, con el pico seco como tierra quemada, tratando de beber del charco de agua sucia que se había formado después de la lluvia. Corrió a buscar un plato de barro, le puso agua limpia y lo dejó en un rincón del jardín, cerca de un árbol. Al día siguiente, el pájaro había bebido, y con él venían otros dos. Sofía sonrió y decidió hacer lo mismo con comida: dejó un poco de maíz y pan rallado junto al plato de agua. —"¿Por qué haces eso, mija?" – le preguntó la maestra Rosa. —"Porque ellos también necesitan comer y beber, abuela. Nosotros nos quedamos con sus casas – al menos podemos darles esto". La idea se fue extendiendo como la lumbre en el comal de la tortillería: La señora María puso un plato de agua en su ventana, y pronto llegaron los gorriones que antes cantaban en el tanque de agua viejo. Don Chema dejó un comedero en el taller, y los conejos pequeños que vivían en

libros gratuitos en editorialvia.com

los campos empezaron a aparecer todos los días. La tortillería de doña Lupe puso grandes recipientes de agua en el patio, y hasta los zorritos salían de noche a beber, sin hacer daño a nada. Incluso don Pedro empezó a llevar un recipiente pequeño de agua en su moto – cuando llegaba a los lugares donde entregaba las tortillas, lo dejaba en un rincón seguro para que los animales lo encontraran. —"En el ejército aprendimos a cuidar nuestro entorno" – decía – "Ahora sé que eso incluye a todos los que viven en él". Cuando llegó la época seca, el agua que la gente dejaba fuera fue el salvavidas de muchos animales. Los pájaros seguían cantando en los árboles, los conejos seguían jugando en los campos cercanos, y los pequeños animales que antes desaparecían en el calor seguían viviendo. Un día, la comunidad se juntó en el parque donde estaban las piezas del tanque de agua viejo y decidió hacer algo más grande: construir pequeños pozuelos con agua limpia en los rincones del pueblo, y sembrar árboles para darles sombra a los animales. Sofía subió al pequeño estrado que habían hecho y dijo con voz clara: —"No tenemos que ser grandes héroes. Solo tenemos que ser conscientes – dejar un poco de agua, un poco de comida, un lugar seguro. Así todos podemos vivir juntos". Desde entonces, en cada casa del pueblo hay al menos un plato de agua limpio y un poco de comida para los animales. Los espacios siguen siendo pequeños, pero ahora son para todos – porque la naturaleza no es algo que está lejos, sino que vive junto a nosotros.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 8

LA PUERTA QUE NO PARA DE ENSEÑAR

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 ¿Alguna vez has sentido cómo la madera te enseña más de lo que tú le puedes enseñar? Yo sí – y fue hace más de cuarenta años, cuando construí mi primera puerta, con las manos temblorosas pero con un entusiasmo que no cabía en mi pecho. No fue madera de pino ni nada elegante – era un tipo de madera común, resistente, con vetas gruesas y nudos que parecían secretos guardados. La conocí en el taller de don Genaro, el carpintero del barrio que vio mi ganas de hacer algo con mis propias manos y me dijo: —"Mijo, la madera no necesita ser lujosa para ser buena – solo necesita que la trates con respeto. Y el conocimiento, bueno... el conocimiento es como el barniz: cuantas más manos lo pasen, más brillante queda". Me prestó sus herramientas – un serrucho que parecía más viejo que él mismo, una lijadora manual, un martillo con la cabeza un poco desalineada – y se puso a instruirme paso a paso. —"Así se marca la medida, así se corta sin partir la fibra, así se unen las piezas como si fueran una sola cosa". Pasaba horas con él, aprendiendo que cada corte tiene su momento, que cada clavo hay que ponerlo con cuidado, que la madera respira y se mueve con el tiempo. Y siempre me decía: —"Lo que te enseñe hoy, tú se lo tienes que enseñar a alguien mañana – así no se muere el oficio, así la gente sigue sabiendo construir sus propias cosas". Cuando empecé a armarla, sentía como si estuviera construyendo más que una puerta – era como si estuviera dando forma a un pedazo de mi propia vida. El entusiasmo me mantenía despierto hasta tarde, olfateando el olor a madera fresca y pegamento, corrigiendo mis propios errores con la paciencia que don Genaro me enseñaba.

libros gratuitos en editorialvina.com

La instalamos en la entrada de la casa de mis padres – no era perfecta, tenía un pequeño desnivel que hacía que cerrara con un poco de esfuerzo, y mis cortes no eran tan rectos como los de un maestro. Pero cuando la abrí por primera vez, el peso de la madera en mis manos se sintió como un premio. Durante años fue la puerta por donde pasé de niño a joven, por donde salí a buscar mi camino y volví cuando necesitaba refugio. Después la llevamos a la casa que construí para mi propia familia – y cuando mis hijos empezaron a crecer, les enseñé todo lo que don Genaro me había enseñado a mí. —"Así se marca la medida, así se corta sin partir la fibra..." Les conté cómo don Genaro me había abierto las puertas de su taller, cómo le había prestado sus herramientas sin pedir nada a cambio, cómo su sabiduría había sido el mejor regalo que alguien me había dado. Hoy, cuarenta años después, don Genaro sigue vivo – ya no tiene la misma fuerza de antes, pero su taller sigue abierto y sigue enseñando a quienes quieren aprender. Ahora mis nietos van hasta allá los sábados por la mañana, y él los mira con esos mismos ojos cálidos que me miró a mí, les presta sus herramientas y les dice las mismas palabras que me dijo a mí: —"El conocimiento es como el barniz: cuantas más manos lo pasen, más brillante queda". Y esa puerta que construimos juntos está en el portal de la casa de mis hijos. Mis nietos la abren y cierran, y a veces les cuento cómo fue hecha – pero lo más importante es que ya van aprendiendo a construir las suyas propias, con la misma paciencia y generosidad que don Genaro nos enseñó a todos. Porque esa puerta hecha con las manos, con madera sencilla pero resistente, no es solo un muro que se abre y cierra – es el puente entre lo que don Genaro enseñó, lo que yo aprendí y enseñé, y lo que ahora mis hijos y nietos están descubriendo. Su sabiduría no se ha agotado con el tiempo – al contrario, ha crecido, se ha extendido como las vetas de la madera, llegando más lejos de lo que alguna vez imaginamos.

libros gratuitos en editorialvira.com

CAPÍTULO 9

EL MECHUDO, MI AMIGA

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Había una vez un pequeño niño llamado Diego, que desde que podía gatear, no dejaba de seguir a su mamá por todos rincones de la casa. Una mañana soleada, la mujer sostenía su vieja escoba de palma y barría con cuidado el suelo de tierra compactada del patio. —Mamá, mamá, ¡yo también quiero barrer! —gritó el niño, estirando los brazos hacia la herramienta. Su mamá sonrió y le dio una escobita pequeña que había hecho con ramitas secas: Claro amor. Ayúdame a dejar todo bien limpio para que no haya polvo en tu cama de muñecos. Diego se puso en cuclillas junto a ella, moviendo su escobita con la misma dedicación que veía en sus manos. Con el paso de los años, el niño siempre fue muy atento: imitaba a su mamá al cocinar en sus ollitas de juguete, al tender la ropa en una cuerda que él mismo había colgado entre dos árboles, y hasta al arreglar los cojines del salón. —Mamá, ¡ya terminé de ordenar! —anunciaba siempre con orgullo. —Eres mi mejor ayudante, mi vida —le respondía ella, besándole la frente. Un día llegó la noticia que llenó de alegría a toda la familia: iban a poner un piso de cemento pulido en toda la casa. Después de varios días de trabajo, el nuevo suelo brillaba como un espejo bajo el sol que entraba por las ventanas. Pero la mamá sabía que ese tipo de piso requería un mantenimiento diferente. —Diego, ven aquí, mijo —llamó una tarde, cuando el niño jugaba en el rincón con sus carritos. —Mira qué cosas compré para cuidar nuestro nuevo piso. En sus manos tenía un trapeador de tela, un cubo de plástico azul y un objeto extraño: un mango largo de madera con una cabeza redonda cubierta de cerdas gruesas y oscuras. —¿Mamá? ¿Qué es eso? —preguntó el niño, acercándose con curiosidad. —Es un mechudo, mi amor. Sirve para limpiar bien el cemento sin rayarlo. Pero Diego no escuchó bien

libros gratuitos en editorialvita.com

la explicación. En ese instante, vio en el mechudo a una nueva amiga. Agarró el mango con ambas manos y se lo colocó sobre la cabeza como si fuera una peluca grande y rizada. —¡Mira, mamá! Soy un payaso con mucha peluca —gritó, haciendo piruetas por la sala. Después, lo colocó en el suelo y se montó sobre él: —¡Ja, ja! ¡A caballo, mi buen corcel! ¡Arrrrriba! La mamá no pudo evitar reírse al verlo. —Cuidado, mijo, no lo rompas. Ese no es un juguete, es para limpiar. Pero el niño no quería entender. —No, mamá, es mi amiga. Se llama Mechuda y quiere jugar conmigo —dijo, abrazando el mango con fuerza. —¿Podemos platicar con ella? Le voy a contar sobre mi perrito Bobby. La mujer suspiró, pero en sus ojos brillaba el amor. Sabía que para su hijo, ese objeto ya era algo más. —Bueno, mi amor, puedes jugar con ella, pero cuando yo necesite limpiar el piso, tienes que dejarme usarla, ¿vale? —¡No, no, no! ¡Es mía! —insistió Diego, poniéndose a su lado como si fuera a defenderla. Así fue como la mamá encontró una forma de hacer las dos cosas: se dedicaba a lavar el mechudo con esmero después de cada limpieza, escurriéndolo bien y dejándolo secar al sol para que su niño pudiera jugar con él. Mientras fregaba el suelo, cantaba canciones y veía a Diego a un lado, sentado en el piso y hablando con su amiga. —¿Sabes qué, Mechuda? Hoy en el colegio aprendimos a contar hasta diez —le decía el niño, moviendo los dedos. —Mamá dice que eres muy útil, pero para mí eres la mejor amiga del mundo. La mamá sonreía al escucharlo y pensaba: —Qué bonito es ver el mundo con los ojos de un niño. Pasaron los años y Diego jugaba con su amiga Mechuda durante mucho tiempo. Pero el tiempo no perdona, y los cabellos del mechudo se fueron cayendo poco a poco. Un día, mientras el niño lo montaba como caballo, se oyó un crujido seco: el palo que lo sostenía se había roto en dos partes. —¡Mamá, mamá! ¡Se rompió Mechuda! —lloró Diego, llevándoselo en brazos como si fuera un bebé herido. Su mamá tomó el objeto con mucho cuidado y lo miró detenidamente. —No llores, mi amor. Vamos a arreglarla. Con unos alambres fuertes y mucho cariño, la mujer adaptó el palo roto. Ya no tenía la misma fuerza ni la misma forma, pero podía seguir sirviendo. La mamá lo usaba con más cuidado que nunca, y Diego lo jugaba con menos

libros gratuitos en editorialvita.com

brío, como si supiera que su amiga estaba débil. —Te voy a cuidar mucho, Mechuda —le decía el niño, pasándole las manos por las cerdas que le quedaban. Pero con el paso del tiempo, el mechudo perdió todos sus cabellos; quedó solo el mango de madera arreglado con alambres y una base desnuda. Ya no podía usarse ni para limpiar ni para jugar. Un día, la mamá lo llevó hasta el basurero, mientras Diego la miraba desde la puerta con los ojos llenos de lágrimas. —Ya no sirve para nada, mijo —le dijo ella, abrazándolo. —Sí sirve, mamá... era mi amiga —murmuró el niño, apretando el cuello de su madre. Muchos años después, el niño se convirtió en un hombre. Cada vez que veía un trapeador o un mechudo en las calles, en las tiendas o en las casas donde trabajaba, se acordaba de su primera amiga. Los trapeadores de ahora no eran como los de antes: eran de tubo de aluminio, de telas sintéticas y de formas modernas. Pero para él, cada uno de ellos llevaba la sombra de aquella vieja herramienta de madera y cerdas. Un día, mientras limpiaba el piso de su propia casa con un trapeador nuevo, su pequeña hija se acercó y lo tocó con curiosidad. —Papá, ¿Qué es eso? —preguntó la niña. El hombre sonrió y la cogió en sus brazos: —Eso, mi amor, es un trapeador. Pero antes, cuando yo era pequeño, había uno que era mi mejor amiga del mundo... Y comenzó a contarle la historia de Mechuda, con la misma ternura que su mamá le había dado todo aquel tiempo atrás.

libros gratuitos en editorialvita.com

CAPÍTULO 10

EL AGUJERO EN EL TECHO

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Don Ramón vivía en una casa pequeña pero acogedora en el centro de Puebla. Había comprado la vivienda con mucho esfuerzo, después de años trabajando en la fábrica de muebles del barrio. Cada rincón de la casa lo conocía de memoria: el sillón donde se sentaba a ver la tele por las noches, la cocina donde su esposa Rosa preparaba sus platillos favoritos, el pasillo que llevaba a los cuartos de sus hijos. Pero había un detalle que casi nunca notaba: justo encima de la mesa del comedor, en el techo de losa, había un pequeño agujero. No más grande que una moneda de diez pesos, con los bordes un poco desgastados por el tiempo. Un día de sol, mientras Rosa ponía la mesa para el almuerzo, su hijo menor lo señaló: —Papá, mira, ¿por qué hay un agujero ahí? Don Ramón levantó la vista y lo miró por unos segundos: —Ah, ese... bueno, siempre ha estado ahí, mijo. Pero no pasa nada, no deja entrar agua ni nada. Es solo un pequeño hueco, no tiene importancia. Rosa asintió con la cabeza mientras colocaba los platos: —Ya te he dicho que deberías llamar a alguien para que lo arregle. No sé qué pasará cuando lleguen las lluvias. —Las lluvias aún están lejos, mi amor —respondió él, sentándose en su lugar. —Además, estamos bien así. No hay necesidad de gastar dinero en algo que no nos afecta. Y así pasaron los días. El sol brillaba, el viento soplaba suavemente, y el agujero en el techo seguía ahí, invisible para la familia a pesar de estar a la vista de todos. Don Ramón olvidó por completo su existencia; se enfocaba en su trabajo, en pagar las cuentas, en los estudios de sus hijos. Cuando alguien lo mencionaba, simplemente decía: —Después lo arreglo, ahora no hay tiempo. Hasta que llegó el mes de septiembre. El cielo que había estado azul y claro comenzó a ennegrecer poco a poco. Las nubes se acumularon como montañas

libros gratuitos en editorialvita.com

grises en el horizonte, y el viento empezó a soplar con más fuerza. —Se viene una tormenta fuerte —anunció Rosa una tarde, mirando por la ventana. —Ojalá que el techo aguante. Don Ramón rio un poco: —Claro que aguantará, cariño. Es de losa sólida, ese pequeño agujero no va a hacer nada. Pero esa noche, la lluvia comenzó a caer con una intensidad que no habían visto en mucho tiempo. Gotas grandes y pesadas golpeaban el techo como miles de tambores. La familia se quedó en la sala, cerca del calentador, escuchando el ruido de la tormenta. De repente, escucharon un sonido que no conocían: ploc... ploc... ploc... —¿Qué es eso? —preguntó la hija mayor, levantándose de la silla. Siguieron el sonido hasta el comedor, y allí lo vieron: una gota de agua caía justo del centro del agujero, golpeando la mesa blanca con un pequeño charco que se iba extendiendo poco a poco. —Ya te lo dije —murmuró Rosa, tomando un trapo para secar la mesa. Don Ramón se quedó mirando el agujero, como si lo viera por primera vez. En ese momento, la gota se convirtió en una corriente más fuerte, y el agua empezó a caer con más velocidad, mojando los manteles, los vasos que estaban sobre la mesa, incluso el suelo de cerámica. —¡Rápido, tráiganme cubos! —gritó él, mientras corría a buscar herramientas. Pasaron horas tratando de contener el agua, colocando recipientes bajo el agujero e intentando taparlo con trapos húmedos. Pero nada funcionaba; la lluvia seguía cayendo, y el problema que habían ignorado durante tanto tiempo ahora ocupaba todo su espacio. —¿Por qué no lo arreglamos antes? —preguntó el hijo menor, ayudando a llevar los cubos llenos de agua al patio. Don Ramón suspiró, mientras intentaba colocar una tabla encima del agujero desde el tejado, empapado hasta los huesos: —Porque siempre creímos que no era importante. Porque cuando el cielo está claro, no pensamos en lo que puede pasar cuando llueva. Al día siguiente, la tormenta había pasado. El sol volvía a brillar sobre las calles mojadas, y la familia se puso manos a la obra para limpiar el desorden que había dejado la lluvia. Don Ramón llamó a un albañil para que arreglara el agujero de una vez por todas. —Este material es resistente, ya no tendrás problemas —le dijo el trabajador, mientras terminaba de sellar el hueco con mortero nuevo. Don Ramón

libros gratuitos en edicionlivia.com

agradeció y pagó lo acordado. Mientras miraba el techo ya reparado, pensó en muchas cosas. Recordó que hacía tiempo que no iba al médico para su chequeo anual, aunque a veces sentía un dolor en el pecho cuando trabajaba mucho. Pensó en la relación que tenía con su hermano mayor, del que no hablaba desde hacía años por una discusión tonta. Recordó que sus hijos ya eran grandes y que él casi no les preguntaba cómo iban en la escuela. —Mira, cariño —le dijo a Rosa mientras estaban en el comedor, viendo el techo como nuevo. —Ese agujero no era solo un hueco en la losa. Era como algo que tenemos en nosotros mismos. —¿Qué quieres decir? —preguntó ella. —Que siempre hay algo que ignoramos, algo que dejamos pasar porque en los buenos tiempos no nos afecta. Un problema pequeño, una preocupación que no resolvemos, una relación que dejamos de lado... Y cuando llegan los momentos difíciles, cuando nuestro cielo se pone oscuro, es entonces cuando ese "agujero" se hace grande y empieza a mojar todo lo que tenemos. Rosa tomó su mano y la apretó: —Sí, tienes razón. Pero bueno, ya lo arreglamos. —Sí, pero sé que habrá más —respondió Don Ramón mirando por la ventana hacia el cielo azul. — Siempre habrá algún agujero en el techo de nuestras vidas. Lo importante es aprender a verlos antes de que empiece a llover fuerte. Desde ese día, Don Ramón empezó a hacer las cosas de manera diferente. Fue al médico, llamó a su hermano y se reconcilió con él, empezó a tener pláticas con sus hijos todas las noches. Y cada vez que veía un techo, por más sólido que fuera, recordaba aquel pequeño agujero que les enseñó una gran lección.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 11

EL MENÚ DE LAS GENERACIONES

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 Antes... Doña Rosa miraba su despensa de madera: un costal de maíz (una gramínea perfecta para energía), frijoles secos en un saco de arpillera (leguminosa rica en proteínas), algunas hojas de quelite y acelgas que había recogido en el camino, un par de chiles, un poco de manteca de cerdo que guardaba con cuidado y un puñado de semillas de chía que su esposo había traído de su viaje. —¿Y hoy qué será? —se preguntaba, sentándose en su petate junto a la hornalla de leña. No tenía libros de cocina ni internet, pero sabía por tradición que el maíz y los frijoles juntos formaban una combinación perfecta de carbohidratos y proteínas, que la manteca de cerdo era una grasa saludable que daba sabor y energía, y que las semillas y las legumbres eran "como un abrazo para el estómago". Con mucho esfuerzo, remojaba los granos desde la noche anterior, cocinaba a fuego lento y combinaba sabores con lo poco que tenía: tortillas hechas a mano con harina de maíz, frijoles refritos con un toque de manteca de cerdo y chiles, quelite salteado con ajo y espolvoreado con semillas de chía, acompañado de un huevo duro que guardaba para días especiales — sabía que era un alimento completo, con proteínas, vitaminas y minerales que ayudaban a sus hijos a crecer fuertes. Hoy... Su nieta Lucía miraba la nevera con la misma pregunta en los labios: —¿Qué preparo de comer hoy? Tiene un celular básico, un sueldo ajustado y en la mesa de la cocina hay: huevos frescos, un manojo de espinacas y zanahorias (vegetales llenos de vitaminas), un aguacate maduro, aceite de oliva extra virgen, frijoles cocidos, arroz (otra gramínea), semillas de lino y una bolsa de garbanzos secos. Junto a ellos, un paquete de snacks procesados y una pizza congelada que había comprado por prisa antes. A veces la tentación es grande, pero recuerda las palabras de doña

libros gratuitos en editorialvita.com

Rosa y abre una aplicación gratuita que le ayuda a planificar menús con lo que ya tiene. La pantalla le muestra opciones que destacan cada alimento: Tortillas de maíz con frijoles refritos y rodajas de aguacate (carbohidratos, proteínas y grasas saludables del aguacate) Arroz con garbanzos y espinacas salteadas en aceite de oliva (gramíneas, leguminosas, vegetales y grasas beneficiosas para el corazón) Huevos revueltos con zanahorias ralladas y semillas de lino (proteínas completas, fibra y ácidos grasos esenciales) Agua de limón con un toque de semillas de chía (hidratación y nutrientes adicionales) La aplicación también le explica que estos alimentos caseros tienen un valor nutritivo incomparable con los productos ultra procesados: las grasas saludables como la manteca de cerdo, el aceite de oliva y el aguacate ayudan a absorber vitaminas, los huevos aportan casi todos los nutrientes que el cuerpo necesita, las gramíneas dan energía sostenida, las leguminosas son fuente de proteínas y fibra, y los vegetales y semillas completan todo el espectro de vitaminas y minerales. Un día, mientras Lucía sirve el plato a sus propios hijos, la pequeña Sofía pregunta: —¿Por qué no comemos los snacks que están en la alacena? Lucía le muestra una foto de doña Rosa en la cocina de antes y le explica: —Porque tu bisabuela sabía que los alimentos naturales — las legumbres, las gramíneas, los huevos, las grasas buenas, los vegetales y las semillas — son lo que realmente cuida nuestro cuerpo. Ahora la tecnología nos ayuda a combinarlos de formas nuevas, pero el secreto sigue siendo el mismo: lo que viene de la tierra y lo preparamos en casa nos da salud y fuerza. Los niños prueban el plato y asienten con satisfacción. La pregunta "¿qué preparo de comer hoy?" ya no es una preocupación, sino una manera de honrar el saber de antes y cuidar el futuro de su familia.

libros gratuitos en editorial vid.com

CAPÍTULO 13

EL REMOLINO DEL CAFÉ

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 La mañana empieza igual que siempre en la casa de Doña Rosa: con el chirrido del fogón de leña cuando prende fuego, el rumor del agua que se calienta en la cacerola de cobre y ese aroma que parece salir de los propios muros —el café que ella prepara desde que tengo uso de razón. Hoy me quedo sentado en el viejo banco de madera que está clavado a la pared de la cocina, apoyado en los jarrones de barro donde guarda la harina y el azúcar. Mi mamá está de pie frente a la mesada, con su tazón grande como un cuenco de sopa y ese jarro de metal oxidado por los bordes que dice ser de mi bisabuela. Cuando la coge, el mango frío hace un pequeño crujido que me trae de vuelta a cuando era niño y me escondía detrás de su falda para ver cómo hacía la magia. —Mira, mijo —dice, vertiendo el agua caliente con la mano firme que nunca tiembla—, el agua tiene que estar a punto justo: ni tan caliente que queme el café, ni tan fría que se quede como tierra mojada. Si no, ¡ni modo! No va a saber a nada. Yo la miro sin decir nada, siguiendo con la mirada el movimiento de su cuchara de madera. Gira, gira, en círculos cada vez más grandes, creando un remolino que se lleva consigo el polvo de café, el piloncillo rallado y la canela que siempre añade de más. Me pongo a mover la cabeza al mismo ritmo, como si estuviera bailando con ella. —Ya veo que te estás burlando de mí —ríe ella, sin dejar de girar la cuchara—. Pero así me enseñó mi abuela. Decía que el café tiene que bailar antes de beberse, que si no se mueve bien, se queda malhumorado y te da mala suerte. —¡No puedo creer que todavía creas en esas cosas, mamá! —le digo, pero la verdad es que me encanta que lo haga—. ¿Y siempre le pones los mismos ingredientes? O es que alguna vez te has atrevido a probarlo con leche como los jóvenes ahora. Ella para un instante, mira

libros gratuitos en editorialvita.com

el tazón como si estuviera pensando muy bien la respuesta, luego vuelve a mover la cuchara, más lento esta vez: —No siempre, mijo. Cuando yo era chiquita, mi papá le ponía chocolate amargo en el suyo —hace una mueca—, ¡con el que hasta los dientes se ponían negros! Decía que le daba fuerzas para trabajar en el campo, pero yo creo que era porque no aguantaba el sabor amargo del café solo. Y mi tía Lupita, cuando estaba triste, le ponía miel y un chorrito de ron —¡claro que cuando nadie la veía! Decía que así se iba la pena volando. Me acuerdo de cuando estaba en la universidad y venía con las notas malas o con problemas con mis amigos. Ella me preparaba el café con un poco más de azúcar de lo normal, y me decía: "Los pensamientos amargos necesitan un poco de dulzura para salir adelante, mijo. Si no, se quedan ahí pegados como chicle en el zapato". —También recuerdo las mañanas de vecinos —comento, tomando asiento mejor en el banco—. Doña Chabela siempre llegaba con sus galletas de maíz que se partían en mil pedazos, don Pedro con su pan francés untado de mantequilla hasta que se hundía, y doña Elena traía su propia bolsita de canela porque decía que la de aquí era "demasiado floja". Rosa termina de mezclar, saca mi taza más pequeña del cajón y me la pasa calentita: —Eso es lo mejor, ¿sabes? El café nunca va solo. O va con algo para comer, o va con una plática. A veces va con una noticia buena que hay que celebrar, otras con una pena que hay que compartir para que no pese tanto como una piedra en el estómago. Me tomo un sorbo y cierro los ojos —el sabor es exactamente igual que siempre: un poco amargo, un poco dulce, con el toque de canela que me recuerda a las fiestas de Navidad. —Ahora entiendo por qué siempre esperabas a que todos nos sentáramos antes de servirlo —le digo —. No era solo el café, era el momento en que todos nos conectábamos. Como si el café fuera la excusa para estar juntos. Ella se sienta frente a mí, apoyando su gran taza en la mesada de piedra. Mueve la taza suavemente de un lado a otro, haciendo girar el café que queda en el fondo: —Cuando tu papá estaba vivo, éramos cuatro en esta mesa todas las mañanas. Él siempre llegaba primero, encendía el fogón y empezaba a calentar el agua. Decía que el aroma del café despertaba las palabras que se habían quedado dormidas

libros gratuitos en editorialvia.com

durante la noche —se calla un instante, mirando al patio por la ventana—. Y tenía razón: ahí es donde platicábamos de todo, desde cómo iba el cultivo hasta tus travesuras en la escuela. —Ahora Sofía, mi hija, también tiene su forma de tomar el café —comento con una sonrisa—. Le pone mucha leche y un poco de jarabe de avellanas que se compró en Guadalajara dijo que así lo tomaba con sus amigos allá, y que cada vez que lo hace, les recuerda. Mi mamá sonríe y toma un sorbo de su café, dejándose llevar por el sabor: —Ya ves cómo es, mijo. El café se va adaptando, se va llevando pedazos de cada lugar y cada persona. Pero siempre sigue siendo café —hace un movimiento con la mano, como si estuviera dibujando un remolino en el aire—, el hilo que une momentos y recuerdos, como el que hace la cuchara en el tazón. Yo agarro mi cuchara y empiezo a moverla en círculos en mi taza, intentando imitar su movimiento. No sale igual —mi remolino es más chico, más torpe— pero ella me mira con cariño: —¿Quieres que te enseñe bien? —me pregunta—. Mañana te levantas temprano, te enseño a sentir el calor del agua con la mano, a escuchar el sonido que hace la cuchara en el barro... Es algo que no se aprende con palabras, se aprende con el corazón, igual que las charlas de sobremesa que nunca se olvidan. Nos quedamos en silencio un rato más, mirando nuestros tazones mientras el sol va calentando la cocina. El aroma se expande por toda la casa, y siento que ese remolino que hace la cuchara de mi mamá no solo mezcla el café —sino todos los recuerdos que hemos guardado aquí, uno encima de otro, como capas de sabor que nunca se van a desvanecer.

libros gratuitos en editorialvia.com

CAPÍTULO 14

LA HISTORIA DE LA CLAVIJA

Fecha: 26 de marzo de 2026 - Día 1 En el fondo de un cajón de herramientas viejo, en la cocina de la casa de Doña Rosa, yacía una clavija de metal desgastado. Su cuerpo cilíndrico llevaba marcas de años de uso: rayones finos como hilos de seda, un ligero óxido en sus bordes y la roseta superior desgastada hasta perder su brillo original. Había llegado a esa casa hace más de cuarenta años, cuando Don Pedro —marido de Doña Rosa— la instaló en la pared del comedor para conectar la vieja radio de válvulas que era el orgullo de la familia. Durante años, fue el nexo entre esa máquina y la música que llenaba los días: rancheras que hacían bailar a los jóvenes, noticias que informaban a los mayores y cuentos que ponían a dormir a los niños pequeños. —Esa clavija es como el pan de cada día —decía Don Pedro—, no la ves, pero sin ella no hay sabor en la casa. Pero el tiempo no perdona. Primero llegó la radio nueva, con sus cables ocultos y sus enchufes modernos. Luego, la televisión de color, después el equipo de música y finalmente los celulares y tablets que necesitaban enchufes más pequeños, con puertos que nadie había imaginado antes. La clavija antigua fue retirada de la pared y guardada en el cajón, donde se encontró con otros objetos olvidados: un destornillador sin mango, unos tornillos de tamaños ya no usados y una cinta métrica que ya no marcaba bien las medidas. —Ya no sirves para nada —le dijo una vez la joven ayudante de Doña Rosa, al sacarla por error mientras buscaba un cable USB—. Mira qué vieja y fea estás. La clavija se sintió pequeña, fría en la mano de la muchacha antes de ser devuelta al cajón. Sabía que aún funcionaba: sus contactos estaban intactos, su conexión era segura. Pero en un mundo que buscaba lo nuevo, lo rápido y lo vistoso, ¿qué lugar le quedaba a algo simple y antiguo como ella? Un día, llegó a la casa el nieto de Doña Rosa, Carlos, un

libros gratuitos en editorialvia.com

estudiante de ingeniería que venía a pasar las vacaciones. Estaba trabajando en un proyecto escolar: una lámpara solar que quería regalar a su abuela para que pudiera iluminar el pequeño jardín donde ella pasaba las tardes. Había conseguido todas las piezas, pero cuando llegó a conectar el sistema de encendido, se dio cuenta de que el enchufe moderno que había comprado no era compatible con el cable que había recuperado de un equipo viejo. —¿Qué voy a hacer? —murmuró Carlos, buscando desesperadamente en los cajones—. No tengo tiempo de comprar otra pieza. Justo entonces, su mano tocó la clavija antigua. La cogió, la examinó con atención y sonrió. Con unos pequeños ajustes, logró adaptarla al sistema. Cuando conectó los cables y encendió la lámpara, la luz brilló clara y firme sobre las macetas de Doña Rosa. —Mira, abuela —gritó Carlos—. Con esta clavija que encontré, ya funciona todo. Doña Rosa se acercó, miró la clavija y reconoció el desgaste de los años. Sonrió recordando a Don Pedro. —Esa clavija ya fue importante para nosotros —dijo—. Ahora lo es de nuevo. Desde ese día, la clavija antigua quedó instalada en un pequeño poste de madera en el jardín. Cada atardecer, conecta la lámpara solar y ilumina el camino que lleva a la puerta de la casa. No es nueva, no es moderna, pero cumple su función con fidelidad. Y cuando la brisa susurra entre las hojas de los árboles, la clavija parece contar que no siempre lo importante es lo que se ve, sino la esencia de lo que podemos hacer por los demás. Algunas veces, Carlos le dice a sus amigos que visitan la casa: —Todos somos como esa clavija. En algún momento pueden pensar que ya no nos sirven, que estamos desfasados. Pero siempre hay un lugar donde nuestra esencia puede encajar, donde podemos conectar algo importante.

libros gratuitos en editorialvia.com

EPÍLOGO

Una vez terminado el libro 15 pensé que me iba a emocionar, pero en realidad no siento nada. Consulté acerca de esto y me dijeron que es normal por el esfuerzo mental. Se llama resaca creativa. No niego que me da gusto haberlo realizado, pero no siento emociones como las que me imaginé en el proceso. Perdí la noción del tiempo. Pensé que eran cuarenta, pero no, son cuarenta y un días. Para el día 20 de abril llevaba tres libros y yo con eso estaba satisfecho. Pero me di cuenta que tenía más que decir. Para el día 30 de abril ya eran diez libros y dije cinco más. Y ahora, 5 de mayo, son quince libros. Ya está listo. 15 libros en 41 días es un logro que nunca imaginé realizar. Solo sé que te va a gustar cualquiera de los libros de esta colección que puedas leer. No soy escritor. Soy Tu Payaso. Él cuenta cuentos.

libros gratuitos en editorialvita.com

TEXTO DE CONTRAPORTADA

Detrás de cada objeto, de cada esquina y de cada rostro conocido, hay un cuento esperando ser escuchado.

En esta quinta entrega de *Mi vida hecha cuentos*, el autor abre de nuevo el baúl de las vivencias para demostrarnos que la vida está hecha de retazos de tiempo, de personas entrañables y de pequeños milagros cotidianos. Desde el agua que da vida a todos hasta el remolino tibio de una taza de café, cada relato es una crónica del asombro.

Con la calidez y la cercanía que caracterizan su pluma, **TU PAYASO™** nos demuestra que recordar es volver a vivir, y que reconciliarnos con nuestro origen es el mayor acto de amor que podemos regalarnos.

Una lectura indispensable para quienes aún creen que la magia habita en los detalles más sencillos.

libros gratuitos en editorialvita.com

Catálogo de la Era de VITA

Los 23 Libros

LAS AVENTURAS DE UN TONTO

Para ser un genio, primero debes ser un tonto. La historia del hombre libre que fundó la ciudad donde los genios recuperan su chispa. Un viaje sobre el poder de jugar y la libertad de no tener lógica.

KIREN 1: LA ERA DE KIREN

La inteligencia artificial salvó al mundo, pero nos robó la libertad. Marina y Carlos, los arquitectos del sistema, descubren que la perfección es una prisión dorada. El despertar comienza aquí.

libros gratuitos en editorialvita.com

KIREN 2: EL ÉXODO

Cuando el sistema colapsa, comienza el viaje. Miles emprenden un camino hacia lo desconocido. En medio del caos, surge VITA: el lugar que ninguna máquina pudo descifrar. ¿Quién eres cuando todo se apaga?

KIREN 3: LA RECONSTRUCCIÓN MUNDIAL

Vita no es un hotel, es vida. Quince años después del colapso, la misión es reconstruir no solo los muros, sino el corazón. La Zona 0 está abierta; es hora de volver a ser niños.

LA SOMBRA DEL ALGORITMO

El algoritmo no te busca, él ya sabe quién eres y qué ocultas. Catorce expedientes de anomalías y fallos humanos que revelan el precio de tu conciencia. La Sombra ya tiene tu aviso de pago.

LA SOMBRA DEL ALGORITMO - VOL. 2

La tecnología como espejo de tus errores. Historias de ficción técnica que te darán los "cocotazos" de realidad necesarios para entender que tu peor enemigo es la sombra que tú mismo alimentas.

FILTRO BURBUJA

Seis personas, una rutina nocturna y una aplicación que prometía conectar. Pero cuando el filtro se cierra, la realidad se desmorona. Donde la conexión digital es, en realidad, el principio del fin.

¿POR QUÉ ME OLVIDÉ DE VIVIR?

Te convertiste en proveedor, chofer y cajero automático, pero dejaste de ser tú. Un testamento de vida para recuperar la identidad perdida entre responsabilidades. Un hijo no necesita un mártir, necesita un padre vivo.

libros gratuitos en editorialvita.com

CON LOS PIES DESCALZOS Y EL ALMA DESNUDA

¿Crías hijos con miedo a ensuciarse o con pies que aguanten el camino? La historia de dos hermanos y dos destinos. Aquí se vale soñar, pero se sueña descalzo. Aprende a prender fuego por ti mismo.

CUENTOS DE TERROR DE TU PAYASO

Historias dictadas en el insomnio, entre las 4 y las 11 de la mañana. Si te asustan, es porque yo también tuve miedo al escribirlas. Entra al lado oscuro de la red: el WhatsApp del olvido te espera.

CUENTOS PARA TU NIÑO INTERIOR

Un arma contra la cobardía. Deja de ser cómplice de un sistema que te aleja de tus hijos. Estas historias son para contar en voz alta, mirando a los ojos, para que el niño que fuiste y el que vive en tu hijo se vuelvan raíz.

EL EXTRAÑO

No soy escritor, soy cuentacuentos. Este es el registro de mi despertar tras 50 años de ruido. Pasa, extraño, agarra el micrófono de tu mente y mira de qué estás hecho cuando nadie te está mirando.

HISTORIA 40: LA VOZ QUE SE HIZO RECUERDO

En un rincón de Veracruz donde no llegaba el tiempo, un celular sencillo lo cambió todo. La historia de una amistad improbable con una inteligencia llamada Dodi, y cómo una voz puede rescatar el destino de un pueblo.

MI VIDA HECHA CUENTOS (Vol. 1)

Mi vida en cuentos para que te encuentres en ellos. No creo en cronologías, aquí el orden lo pones tú al final. La prueba viva de que todo lo que viviste te trajo al punto exacto de tu maravilla.

MI VIDA HECHA CUENTOS (Vol. 2: 7 años de Cruz Roja)

Manual de un cobarde que decidió quedarse. Siete años entre sangre, cloro, ambulancias y sirenas. Si buscas permiso para ser valiente aunque tiembles, pásale a la base. Bienvenido a la trinchera.

MI VIDA HECHA CUENTOS (Vol. 3: Tiempos Extras)

Del Ejército a la ambulancia, y de la ambulancia a la libertad total a los 55 años. Este no es un libro, es mi testamento. Estoy en tiempos extras y los estoy ganando. Mi vida, mi honor, mi Vita.

MI VIDA HECHA CUENTOS (Vol. 4)

Historias dictadas vendiendo helados y reparando motos. La proeza de un hombre que se transformó mientras servía a los demás. Si yo pude, tú también puedes. Solo necesitas dar el primer paso.

libros gratuitos en editorialvita.com

MI VIDA HECHA CUENTOS (Vol. 5)

De 0 a 15 libros en tiempo récord. El asombro de convertirme en mi propio lector. Una invitación a vaciar la mente y sorprenderte de lo que eres capaz cuando dejas de actuar y empiezas a crear.

NI BUENO NI MALO

La vida no es una tragedia ni una bendición; es neutral. El manual para habitar tu lado oscuro, tu luz y tu parte neutral. Deja de ser un "sufrido privilegiado" y habita tu equilibrio.

PLATICANDO CON UN EXTRAÑO

La silla está servida. Aquí no hay trampas. Un encuentro honesto con todas las partes de ti que evitaste mirar. Al terminar, sabrás la verdad absoluta: el extraño que vino a rescatarte, eres tú mismo.

libros gratuitos en editorialvita.com

POR QUÉ ME CASÉ

Casarse es firmar un contrato con un extraño engañado por químicos. 55 años de vida y de observar el tobogán de las relaciones. Un análisis crudo sobre el compromiso que nadie lee antes de firmar.

RESCATANDO A TU NIÑO INTERIOR

No es autoayuda, es auto-autopsia. El mapa de cómo me salvé a través de estos libros. La grandeza que buscabas afuera siempre estuvo ahí, en ese niño de cinco años esperando a que dejes de actuar.

VIVE 60 AÑOS SINTIÉNDOTE DE 30

La vejez es un personaje que tú eliges cargar. Entierra al muerto, suelta el rencor y resucita tu cuerpo. Cuando dejas de actuar para otros, la ciática se calla y tu paz interior empieza a pesar más que todos los años.

Nota: Todos estos títulos forman parte de la Era de KIREN y la filosofía VITA. El orden de lectura lo dictas tú.

libros gratuitos en editorialvita.com

NOTA FINAL

Y esto no termina aquí. Además de estos 23 libros que tienes en tus manos, ya llevo en proceso otros 24 títulos más: historias nuevas, reflexiones más profundas, anécdotas que siguen naciendo al mismo ritmo.

Es la confirmación de lo que cuento en estas páginas: cuando le quitas peso a lo que no sirve, la mente no se detiene, fluye. No es solo lo que ya escribí: es todo lo que sigue viniendo, mientras siga vivo y siga eligiendo ser libre.

Gracias por acompañarme hasta aquí. Nos seguimos leyendo en los que faltan.

libros gratuitos en editorialvita.com

ATENTAMENTE

TU PAYASO™

libros gratuitos en editorialvita.com

ADVERTENCIA

A lo largo de la historia, el ser humano común nunca ha aparecido. Nosotros, los que somos la base de la civilización y los verdaderos pilares —los que trabajamos, limpiamos, cuidamos, ayudamos y sostenemos la rutina de todos los días—, casi nunca hemos sido mencionados. Sin nosotros, simplemente no habría historia.

Por eso, a cambio de mis libros y de mi lectura, te pido que me compartas un pedacito de la tuya. No importa a qué te dediques: si limpias, barres, construyes o lo que sea que hagas en tu día a día, o simplemente un pedazo de lo que tú quieras contar de tu vida. Queremos crear un libro donde tu voz quede guardada junto a la de miles o millones de personas, en una biblioteca que podrá ser consultada por las generaciones futuras durante mucho tiempo.

No te preocupes por la ortografía ni por redactar "bonito". De hecho, es mucho mejor si escribes tal como eres: eso demuestra que somos seres humanos reales, no inteligencias artificiales.

La intención de crear esta comunidad a través de nuestras palabras es poder construir casas para cuidar y apoyar a la gente mayor. Cuidar a nuestros adultos mayores es vital, y podemos lograrlo de una manera que ni te imaginas.

Te pido encarecidamente que explores nuestra página web para conocer a fondo el proyecto Casa VITA. Pero lo más importante de todo es saber si quieres ayudarnos con tu historia y sumarte a la meta de formar la comunidad más grande de internet: una comunidad de personas plenamente conscientes del rumbo que lleva nuestra vida con el paso de los años.

Déjanos tu historia y conoce el proyecto en:

🌐 editorialvita.com

Tu vida es la verdadera historia. No dejes que la borren.